

La milicia de la Confederación Etolia y su problemática (siglos V-II a.C.)

Nuevas perspectivas para un estudio de caso en el contexto del federalismo griego



Antonio Ruiz Sánchez

Universitat de València

antonioruizsanchez1398@gmail.com

Fecha recepción: 09/01/2024. Fecha aceptación: 12/03/2024

Resumen

Esta investigación examina el papel que, en paralelo a la adopción de las instituciones federales, desempeñó la milicia en el auge de la Confederación Etolia, uno de los actores más relevantes de la Grecia Helenística. Se analiza su evolución entre los siglos V y II a. C., planteándose a partir de la misma una propuesta relativa a la organización de sus contingentes. El estudio detecta una manipulación de la asociación literaria entre los pueblos etolios y las armas por parte de los enemigos de la Confederación. Del mismo modo, pese a sus limitaciones demográficas, confirma la doble vocación disuasoria y defensiva de los ejércitos confederales, garantes de la actividad política y la integridad territorial en un contexto dominado por potencias de capacidad militar muy superior. Respecto a la estructura de las fuerzas etolias, existen elementos que sugieren cierto nivel de especialización. No obstante, se identifican patrones evolutivos recurrentes en el mundo griego de estas centurias, tanto en lo referente a la cadena de mando como a la táctica militar. Finalmente, se aporta un acercamiento preliminar a la controversia relativa a la posesión de una flota de guerra plenamente constituida, defendiendo su operatividad en paralelo al empleo de recursos marítimos de terceros.

Palabras claves: Etolia, federalismo, ejércitos helenísticos, milicia griega, guerra en la Antigüedad

The militia of the Aetolian Confederation and its controversy (5th-2nd centuries BC). New perspectives for a case study in the context of Greek federalism

Abstract

This research examines the role played by the militia in the rise of the Aetolian Confederation, one of the most important actors in Hellenistic Greece, in parallel to the adoption of federal institutions. The evolution of the militia between the 5th and 2nd centuries BC is analysed, and a proposal for the organisation of its contingents is

made on the basis of this data. The study detects a manipulation of the literary association between the Aetolian peoples and arms by the enemies of the Confederation. Similarly, despite their demographic limitations, it confirms the dual dissuasive and defensive vocation of the Confederate armies, as guarantors of political activity and territorial integrity in a context dominated by powers with far superior military capacity. With regard to the structure of the Aetolian forces, there are elements that suggest a certain level of specialisation. Nevertheless, recurrent evolutionary patterns are identified in the Greek world of these centuries, both in terms of the chain of command and military tactics. Finally, it provides a preliminary approach to the controversy over the possession of a fully constituted war fleet, arguing for its operability in parallel to the use of third party maritime assets.

Keywords: Aetolia, federalism, hellenistic armies, greek militia, ancient warfare

Introducción

Entre los siglos V y II a. C. los etolios pasaron de ser un conjunto de poblaciones con una organización sociopolítica de corte tribal a convertirse en uno de los actores más relevantes de la Grecia continental.¹ La decisión de aunar esfuerzos en virtud de la creación de una confederación y, por extensión, de una *sympoliteía* común, es uno de los motivos que explican su notable éxito.² Quizás por esta razón, la investigación especializada tiende a centrarse en el estudio del funcionamiento de las instituciones federales,³ relegando a un segundo plano el papel que las fuerzas armadas jugaron en la consolidación política y territorial de la confederación. Sin embargo, el ejército se erigió como un instrumento coactivo que brindó al estado etolio una base sobre la que desarrollarse institucionalmente en un entorno dominado por las fuerzas de las monarquías helenísticas y la república romana.

La milicia etolia presenta una serie de problemáticas irresueltas que parten de informaciones de las fuentes clásicas y que se han trasladado a la historiografía moderna. En consecuencia, se ha consolidado toda una serie de estereotipos asociados a dichas fuerzas armadas. Entre los más destacados figuran la carencia de sentido táctico en sus planteamientos militares, la preponderancia de unidades de infantería ligera y, asociada a ella, la inexistencia de cuerpos hoplíticos entre sus filas, o la ausencia de una flota federal propiamente constituida.

Teniendo en cuenta estos factores, la presente investigación examina el papel del ejército en el proceso de expansión de la Confederación Etolia desde el 426 a. C., momento en que los etolios repelen un primer ataque ateniense durante la Guerra del Peloponeso, hasta el 189 a. C., cuando son derrotados definitivamente por Roma. Dicho proceso será tan acusado que autores como Rzepka lo entienden como un intento frustrado de “imperialismo federal” (2019, pp. 167-174). Asimismo, el estudio que nos ocupa analiza la verosimilitud de los *tópoi* asociados a la milicia partiendo de la conceptualización de la guerra en la cosmovisión etolia y plantea una propuesta de

1 Mysłowska subraya la excepcionalidad de una Etolia que, partiendo de la periferia del mundo griego clásico, se convirtió en el siglo V a.C. en el “mejor ejemplo de un estado griego federal formado por subetnias que posteriormente evoluciona a un estado federal bajo las directrices de la *sympoliteía*” (Mysłowska, 2018, p. 206).

2 Si bien la terminología para designar la experiencia federal en el mundo griego constituye una cuestión cuyo análisis trascendería los límites del presente estudio, conviene aclarar que, a lo largo del mismo, nos referiremos a la realidad política etolia como una “confederación”, incardinando el trabajo en el marco conceptual moldeado por Aymard (1938) y Larsen (1968). Así, se descartan alternativas defendidas por otros investigadores, como “liga”, que entendemos como una alianza militar multilateral, o “*koinón*”, con el que con frecuencia las fuentes se refieren a instituciones específicas y no al estado etolio en su conjunto.

3 Entre los académicos más representativos al respecto, sobresalen: Dubois, 1885; Larsen, 1968; Grainger, 1999 o Scholten, 2000 y 2003.

estructuración de sus fuerzas armadas incluyendo, además de la posible cadena de mando, una relación de sus potenciales unidades terrestres y marítimas.

Antecedentes: el sustrato bélico en la proyección de la imagen etolia

El carácter marcial se erige como elemento consustancial a la identidad etolia desde mucho antes de que este conglomerado de pueblos de la Grecia central se constituyera políticamente como una confederación. Eso es lo que se deduce de la tradición literaria griega. Homero destaca en la *Iliada* la habilidad de combate de múltiples personajes de origen etolio. Es el caso de Toante, Treco o Tideo (Hom. *Il.* 4.529; *Il.* 15.282; *Il.* 5.706; *Il.* 4.399), todos diestros en el empleo de la lanza/jabalina, hecho que no es baladí, pues esta arma gozaba de un estatus preferencial en el imaginario etolio (Antonetti, 2012, pp. 183-200). La naturaleza belicosa de los etolios es considerada un rasgo positivo en el contexto de la monumental obra homérica, o eso se infiere de ciertas menciones.⁴ Dicha perspectiva se reproduce en la obra de Píndaro (Pi. *Ol.* 3.v.12; *Isthm.* 5.v.30). Por el contrario, en *Los Siete contra Tebas*, Esquilo caracteriza a Tideo como un guerrero altivo y ávido de sangre (Tideo. v.375-395).

Es decir, como apunta Antonetti (1990), se introduce un matiz nuevo en la proyección de la imagen etolia, ya no tan favorable. Con el desarrollo de la historiografía grecorromana, el rasgo distintivo de los etolios seguirá siendo su naturaleza guerrera (Hdt. 6.127; Paus. 1.4.4). Ahora bien, lo que otrora fue motivo de alabanza se transformó en un factor de rechazo asociado a lo inhóspito y escarpado de su territorio (Tuc. 1.5.3; Liv. 30.4; Strab. 10.2), así como al presunto barbarismo de sus pobladores. Esto último queda reflejado en un pasaje de Tucídides, donde el ateniense se hace eco de los rasgos que los mesenios atribuyen a los etolios, cuyas gentes “hablan una lengua muy difícil de entender y comen, según se dice, carne cruda” (Tuc. 3.94.5; trad. Torres Esbarranch, 1991, p. 164). El culmen de esta caracterización se encuentra en la obra de Polibio, que critica la dedicación de los etolios al saqueo y la piratería (Plb. 4.3.5; 18.5), lo que no sorprende teniendo en cuenta la adscripción del megalopolitano a la Confederación Aquea, enemiga acérrima de los intereses etolios.

De acuerdo con Scholten (2003, pp. 67-68), el argumentario de descrédito hacia esta tradición marcial se intensificó a raíz de los éxitos de las fuerzas armadas del *éthnos* etolio frente a las grandes potencias de la Grecia continental. También habría influido la persistencia en preservar las formas de vida tradicionales en lugar de implementar el modelo de la *pólis*, aunque, en este punto, hay autores que reivindican la relevancia de la *pólis* en la configuración política de la confederación.⁵

Expuesto el panorama que plantean las fuentes literarias, conviene abordar esta problemática desde la óptica etolia. En este sentido, son especialmente sugestivos los hallazgos arqueológicos del santuario de Apolo en Termo, epicentro político-cultural del mundo etolio (Álvarez Soria, 2021; Plácido, 2006, p. 19). En las metopas de terracota allí recuperadas aparecen representaciones cinegéticas dentro de programas iconográficos protohelénicos de temática divina. Dichas manifestaciones artísticas muestran a los cazadores etolios portando animales sacrificados en pilas (Papapostolou, 2009, pp. 411-412), de lo que se infiere su precoz familiaridad con estos instrumentos bélicos a los que eran vinculados por la literatura.

⁴ Homero se refiere en repetidas ocasiones a los etolios como individuos magnánimos: “Αἰτωλῶν μεγαθύμων” (Hom. *Il.* 9.549; *Il.* 23.633).

⁵ Véanse, entre los más sobresalientes, Rzepka, 2009, p. 23 y Grainger, 1999, p. 6.

Por otro lado, en el museo arqueológico de Termo se conserva la figura de un jinete de bronce perteneciente a cronologías del periodo geométrico tardío que se asocia a un contexto votivo. Se ha especulado con la posibilidad de que la pieza pueda ser indicador de la celebración de carreras de caballos en Termo siglos antes de que se constituyera la confederación (Papapostolou, 2009, p. 413). De cara al presente estudio, la preeminencia del caballo en el imaginario etolio, si bien únicamente testimonia la temprana idiosincrasia ecuestre adoptada por las élites, no deja de ser significativa, pues podría tener cierta relación con el reducido pero destacado cuerpo de caballería que eventualmente impulsará la confederación.

Más allá de estos hallazgos, la autopercepción de los etolios como guerreros se pone de manifiesto con propuestas como la de Knoepfler, quien, partiendo del estudio epigráfico del tratado de Delfos entre etolios y beocios en época alto-helenística (IG 9 12 170) defiende la existencia de una estatua femenina que representaría la personificación de Etolia y jugaría un rol destacado en la sanción de acuerdos políticos por parte de la confederación en el santuario de Termo (Knoepfler, 2007, pp. 1215-1253). El santuario de Delfos albergaría una copia de esta figura.⁶ Ambas estarían ligadas a la victoria frente a los gálatas en el 279 a. C. (Antonetti, 2012, p. 184). La iconografía de las piezas revela un nítido carácter marcial. Etolia aparece semidesnuda, lo que la vincula con otras combatientes del mundo clásico, como las amazonas o la cazadora mitológica Atalante, que ambicionaba dar muerte al jabalí salvaje de Calidonia. En cuanto a los atributos de la figura, además de las *endrómidas* y la *kausía*, atavios comunes entre las poblaciones griegas de las montañas, sobresalen la espada y, sobre todo, la lanza, que junto con la jabalina constituye el arma identitaria de estas gentes.

La dialéctica de la lanza se traslada a otra estatua que se emplazaba en el santuario de Termo (Strab. 10.2), la de Etolo. Estaba conectada con aquella que figuraba en el ágora de los eleos, que representa a un descendiente del citado héroe, Oxilo. En este caso, la lanza de Etolo tiene que ver con su conquista de la tierra de los Curetes. Según la interpretación de Antonetti (2012, pp. 183-193), la iconografía de Etolia y Etolo presente en las estatuas referidas alude a la representación de los etolios y su fundador epónimo respectivamente.

Los indicios expuestos sugieren que, dentro de los estándares del pensamiento griego, los etolios se encuadraban como un *éthnos* asociado a las armas. Esto no supone un rasgo distintivo, pues dicha asociación era frecuente entre las comunidades helenas. Ahora bien, en el caso etolio, destaca la instrumentalización deliberada de tal vínculo. A este respecto, hemos de distinguir dos enfoques en función de si el mensaje se proyecta desde un punto de vista exógeno o endógeno. En el primer escenario, se percibe el deseo de establecer una relación entre la belicosidad y prácticas de cuño barbarizante desde la óptica grecorromana, como el saqueo o la piratería. La intencionalidad de esta narrativa era desacreditar los triunfos militares de la Confederación, incipiente potencia del mundo helenístico.

Por su parte, los etolios estaban interesados en reafirmar su potencial armamentístico a través de la adopción de la iconografía bélica, aunque su objetivo era distinto. Manifestaciones de este tipo constituían un elemento de cohesión identitaria fundamental para preservar la unidad en el marco de una organización sociopolítica confederal por definición heterogénea. Esto justificaría los esfuerzos impulsados para reforzar la integración político-cultural de las ciudades que se adherían a la confederación, consolidando el sentimiento de pertenencia federal a través de la creación de

⁶ Estas estatuas presentan una iconografía afín a la que figura en monedas y sellos oficiales del ámbito etolio. Esto es, una encarnación femenina de Etolia sentada sobre un trono conformado por los escudos de los gálatas vencidos. Véase Chaniotis, 2008, pp. 24 y 202-203.

estructuras asociativas de carácter religioso, organizando festividades y juegos periódicos, promocionando la poesía encomiástica e impulsando una iconografía favorable al ideario señalado.⁷ Tras la victoria contra los gálatas, los etolios encontraron en su ligazón a las armas su carta de presentación ante el resto del mundo griego. Pues bien, tampoco este enfoque es completamente verosímil.

En primer lugar, porque el potencial del ejército siempre estuvo constreñido como consecuencia de la pobre demografía confederal (Grainger, 1999, p. 44). Por tanto, salvo honrosas excepciones, los contingentes y recursos bélicos quedaron impregnados de un cariz defensivo. En segundo lugar, la expansión de la confederación a lo largo de los siglos IV y II a. C. se justifica en mayor medida por factores como la intensificación de la explotación agraria o la actividad diplomática que por el desempeño de la milicia, si bien el empleo de la fuerza fue esencial, especialmente para apaciguar la inestabilidad generada en aquellas ciudades que, pese a haberse unido a la confederación, presentaban una notable tradición de independencia política (O'Neil, 1986, pp. 44-45).

El ejército etolio y su evolución en las fuentes literarias: estudio crítico y análisis de la problemática sobre las unidades de infantería ligera

Una de las primeras referencias destacables en el desarrollo evolutivo de la milicia etolia se remonta al año 426 a. C., en el contexto de la Guerra del Peloponeso.⁸ En aquel momento, los etolios rechazaron una tentativa de invasión por parte del estratega ateniense Demóstenes. Según la narración de Tucídides, imbuido por la vulnerabilidad de un territorio conformado por aldeas dispersas y sin fortificar, panorama alentador del que había sido informado por los mesenios (Tuc. 3.94.4-5), Demóstenes contemplaba la rápida ocupación de Etolia como paso previo a un ataque a Beocia.

Los contingentes etolios son descritos como tropas ligeras apostadas en las colinas que basaban su táctica en ataques a pequeña escala y el lanzamiento continuo de proyectiles (Tuc. 3.96.7.1-3). El punto de inflexión que decantó la derrota ateniense fue la muerte del jefe de los arqueros invasores, momento a partir del cual los etolios recrudescieron su hostigamiento, forzando el repliegue enemigo (Tuc. 3.97.1-5). Del relato de Tucídides se infiere que fueron el exceso de confianza de los atenienses, los imprecisos consejos de los mesenios y los obstáculos de un terreno hostil los detonantes de la derrota. No obstante, los etolios siempre fueron un paso por delante, explotando su ventaja territorial e identificando en el jefe de los arqueros enemigos el principal núcleo de oposición, decisiones lógicas desde el punto de vista táctico.

Por otro lado, de la narración de Tucídides se deduce que el elemento más sobresaliente del ejército etolio fueron sus tropas ligeras, planteamiento sobre el que se incide en las fuentes clásicas y, con frecuencia, también en la historiografía. Moreno Hernández suscribe esta visión apuntando que durante el siglo IV a. C. la mayor parte de las tropas ligeras y peltastas serán reclutados desde las áreas montañosas de la Grecia central (2011, p. 120). La geografía escarpada de dichas zonas,⁹ así como su

⁷ Para un desarrollo pormenorizado sobre estas actividades, véase Antonetti, 2019, pp. 149-167.

⁸ En este momento, la confederación todavía no se había constituido como tal, pero ya existía una suerte de gobierno central que gestionaba la política exterior y la guerra. De hecho, existen referencias a magistrados de las tres principales subetnias del *éthnos* etolio: Apodotes, Euritanes y Ofioneos (Mysłowska, 2018, pp. 207-208).

⁹ Wheeler defiende la inoperatividad del equipamiento hoplita en las regiones del noroeste de Grecia debido a su compleja orografía (Wheeler, 2008, pp. 186-223). Considerando la información de las fuentes clásicas, que informan sobre la vigencia de unidades pesadas etolias desde el siglo V a. C., encontramos este planteamiento excesivamente concluyente.

desarrollo político ajeno al modelo de la *pólis* (hecho que asocia con la pobreza de sus pobladores y que, por ende, explicaría que estos no pudieran costear el armamento hoplítico) justificarían el perfeccionamiento de la infantería ligera. Sin embargo, como se expondrá más adelante, en Etolia las tropas pesadas experimentarían un desarrollo paralelo al de los contingentes ligeros. Asimismo, la presunta inoperancia de la *pólis* es muy cuestionable. A este respecto, Rzepka defiende que esta fue la unidad básica de organización política en Etolia (2009, p. 29).

No se conoce con exactitud el momento en que las formaciones de infantería pesada fueron implementadas por los etolios. Las primeras menciones a estos contingentes datan de la guerra contra los gálatas (281-279 a. C.). Mucho antes (402 a. C.), Diodoro de Sicilia habla de un cuerpo de élite de mil hombres enviado por los etolios en ayuda de los eleos frente a los lacedemonios: los *epílektói* (D.S. 14.17.9), unidades habituales en los ejércitos de la Grecia del siglo IV a. C. (Lucas, 2023, pp. 187-192), indicio claro de una progresión militar alineada con los estándares de la época. Más adelante se discutirá con más detalle sobre la naturaleza y potencial condición hoplítica de los *epílektói*. En todo caso, es seguro que no eran de la misma tipología que los combatientes descritos por Tucídides. Por tanto, la idea de un ejército conformado exclusivamente por tropas ligeras quedaría descartada.

Durante la Guerra Lamíaca (323-322 a. C.), momento en que ya hay indicios para considerar que la confederación estaba constituida,¹⁰ se observa un hito en la evolución de sus fuerzas. Los 8000 hombres que enviaron a luchar en dicho conflicto suponen una cifra más que considerable para un ejército de presuntos montaraces (Plb. 18.13.4). Quizás esto fuera consecuencia de la contribución militar de las ciudades que pasaron a formar parte de la confederación. Sea como fuere, es probable que el grueso de esta fuerza hiciera frente a la invasión de Etolia que lideraron Crátero y Antípatro en el año 321 a. C. La superioridad del ejército de los diádocos, mucho más numeroso,¹¹ forzó a los etolios a adoptar una defensa similar a la del año 426 a. C.,¹² aunque esta vez la marcha de la contienda presagiaba una clara derrota.

Sin embargo, la ofensiva de Pérdicas reclamaba la atención de sus antiguos camaradas y los etolios salieron ilesos del envite. De hecho, asediaron Anfisa poco después (D.S. 18.38.2). A juzgar por la capacidad que mostraron para enviar el resto de sus tropas a combatir contra los acarnanios (D.S. 18.38.4-5), cuando ya habían empleado 12000 infantes y 400 jinetes en el citado sitio, advertimos un notable crecimiento de sus contingentes. Esta campaña es la primera en la que las fuentes mencionan la célebre caballería etolia. En concreto, es Diodoro de Sicilia quien alude a los referidos 400 jinetes (D.S. 18.38.1). Grainger sostiene que dicho cuerpo, independientemente de su eficacia, no superaría el medio millar de integrantes en todo el proceso evolutivo de las fuerzas armadas etolias (1999, p. 101), lo cual resulta revelador.

10 Se suele aceptar que para el 367 a. C. los etolios habían articulado un poder centralizado propio de una entidad suprapolítica de corte federal. Esto se debe a una inscripción ateniense datada en esa fecha (SEG 15.90; R&O no. 35). Constituye un decreto que planteaba una queja ante el *koinón* de los etolios, lo que sugiere que, para entonces, en Etolia ya existía un poder central con la potestad de gestionar litigios que afectaran al conjunto de la confederación. Para un análisis más detallado de este asunto, véanse: Funke, 2015, pp. 86-117; Giovannini, 1971; Larsen, 1968 o Schweigert, 1939, pp. 5-12. Pese a la citada inscripción, la problemática es más compleja. Arriano emplea el término *ἔθνη* para referirse a los embajadores etolios que fueron enviados ante Alejandro (An. 1.10.2), lo que ha sido interpretado como indicio de que se escogió a un representante por cada uno de los *ἔθνη* que conformaban la federación. Esto indicaría que, en este momento, prevalecía el sentimiento de pertenencia local sobre el de pertenencia a un *koinón* transnacional (Myslowska, 2018, pp. 206-208).

11 Diodoro de Sicilia habla de 30000 infantes y 25000 jinetes (18.24; 28.25).

12 Los etolios basaron su estrategia en "la aspereza del terreno" (D.S. 18.25.1). Esto no debe interpretarse como una evasión sistemática del combate a campo abierto. Fue la coyuntura del momento, debiendo enfrentar un ejército que triplicaba sus fuerzas, la que determinó la elección de esta estrategia, que nuevamente resultó ser la más efectiva.

Pese a estos avances, la superioridad de la falange macedónica sobre el ejército etolio es indiscutible.¹³ La situación límite a la que fueron forzados por Crátero y Antípato en el año 321 a. C. (D.S. 18.25.2), así como las derrotas frente a Casandro en las Termópilas en el 314 a. C. o su hermano Filipo en las lindes de la frontera etolia en el 312 a. C. (D.S. 19.53.1; 19.74.4-6), entre otras, son prueba de ello.¹⁴ Ahora bien, con el advenimiento del siglo III a. C., los etolios, para entonces asentados en la geopolítica griega, habían consolidado un efectivo sistema defensivo para la confederación,¹⁵ con evidentes paralelos en estados griegos coetáneos.¹⁶

Por este motivo, sorprenden algunas referencias de este periodo. Una de las más sugerentes es la que aporta Plutarco, quien, en el contexto de la pugna entre Pirro de Epiro y Demetrio Poliorcetes, destaca una sorprendentemente sencilla marcha contra los etolios por parte de este último en el año 289 a. C. (Plut. *Dem.* 41). Más llamativo aún es un hecho de armas acontecido nueve años después. Pompeyo Trogo, epitomado por Justino, narra un saqueo de Etolia dirigido por el lacedemonio Areo. En la contienda, “unos quinientos pastores de los etolios” persiguieron a los saqueadores espartanos aprovechando su dispersión para dar muerte a “cerca de nueve mil” (Just. 24.1.3-6; trad. Castro Sánchez, 1995, p. 360).

La interpretación literal del pasaje es desaconsejable, pues supondría aceptar un punto de ruptura con la trayectoria anterior de la milicia etolia dando cuenta de una involución que, como refleja su historia ulterior más inmediata, no fue tal. Sin embargo, la narración es interesante en la medida en que demuestra que el estereotipo de las tropas etolias como guerreros de las montañas, en este caso proyectados literalmente como “pastores”, trascendió el final de la confederación, manteniendo su vigencia en épocas posteriores.

Volviendo al desarrollo evolutivo del ejército etolio, especial atención merece su concurso en el conflicto contra los gálatas. Las fuentes coinciden en otorgarle un papel protagonista en el rechazo a la invasión de Breno (281-279 a. C.), algo que los etolios incorporarán a su discurso político en lo sucesivo. Según la narración de Pausanias, como consecuencia de sus dificultades para superar a los griegos en las Termópilas, Breno destinó una considerable parte de su ejército a la invasión de Etolia.¹⁷ Con la ayuda de los hoplitas de Patras, los etolios rechazaron el ataque. Una vez más, se incide en su habilidad para disparar a distancia (Paus. 10.22.6).

La recurrencia al estigma de los lanzadores etolios es manifiesta, pues, aunque fueran hábiles en esta práctica de combate y los gálatas no tuvieran una panoplia defensiva equiparable a la griega,¹⁸ es difícil imaginar que únicamente de esta forma elimina-

13 A lo largo del siglo IV a. C. la infantería hoplítica de línea en bloques pierde protagonismo ante la diversificación de las unidades de infantería ligera. El proceso culminaría con la irrupción de la falange macedónica, articulada por líneas frontales de piqueros armados con la célebre sarisa, especialmente eficaz a campo abierto y potenciada por la cobertura de la caballería y la infantería ligera en los flancos. Los falangitas macedonios, que superaban a los ejércitos coetáneos en calidad armamentística y especialización, desbancaían a los hoplitas tradicionales, erigiéndose como referencia en el contexto de la milicia helenística (Moreno Hernández, 2018, pp. 189-197). Eso sí, su eficacia en espacios estrechos menguaba, como demuestran las dificultades que los propios etolios les causaron partiendo de su dominio de pasos como el de las Termópilas en el 317 a. C. (Matthew, 2015, pp. 741-742).

14 Casandro, que pretendía consolidar su posición en las regiones de la Grecia central y septentrional, ejerció una intensa presión sobre los etolios, tanto de forma directa como a través de sus aliados acarnanos (Boehm, 2018, pp. 44-48).

15 Durante las campañas del último quinto del siglo IV a. C., los etolios habilitaron estructuras defensivas que generaron ciertas dificultades a los falangitas invasores (Roisman, 2012, pp. 117-118).

16 Para el caso beocio, Lucas subraya la edificación de estructuras defensivas trapezoidales con cursos regulares que seguían modelos constructivos, entre otras, de las fortificaciones etolias en Pleurón (2023, pp. 60-66).

17 Pausanias habla de 40000 infantes y 800 jinetes (Paus. 10.22.2).

18 Pausanias apunta que “los bárbaros no tenían ninguna otra protección que escudos del país” (10.22.6; trad. Herrero Ingelmo, 1994, p. 412), refiriéndose a los archiconocidos escudos largos gálatas, cuya fabricación se generalizó en los ejércitos celtas del siglo III a. C. Sobre la evolución de esta arma en la panoplia celta, véase Rapin, 1999, pp. 33-68.

ran a más de 20000 enemigos, que es la cifra de bajas que señala Pausanias (10.22.7), máxime cuando él mismo apunta que las fuerzas etolias se dividían en 900 infantes ligeros y 7000 hoplitas (Paus. 10.20.4).¹⁹

A lo largo de las siguientes décadas, la confederación, espoleada por lo sucedido frente a los gálatas, se convirtió en uno de los estados más poderosos de la Grecia continental (Rzepka 2019, p. 167). Evidentemente, su capacidad militar fue clave. En el año 245 a. C. vencieron en Queronea a los beocios (Plut. *Arat.* 16).²⁰ Esta es la primera ocasión en la que se habla de una movilización total de las fuerzas de la confederación (Plb. 20.4.5). El triunfo en esta contienda sugiere que aquel ejército era muy numeroso, pues debía ser capaz, además de vencer a las tropas beocias, de enfrentarse a los 10000 hombres que el general aqueo Arato envió en apoyo de sus aliados en su porfía contra los etolios, y que, a la postre, no llegaron a tiempo de cumplir su misión (Plut. *Arat.* 16).

El hecho de que hasta entonces no se hubieran movilizado todas las tropas disponibles es sintomático. Demográficamente, Etolia siempre estuvo limitada. Por ende, la prioridad de las fuerzas armadas era defensiva. De hecho, los etolios impulsaron un sistema de pequeñas guarniciones diseminadas a lo largo de su territorio para proteger su integridad (Grainger, 1999, p. 207). La dispersión de sus fuerzas, unida a la necesidad de defensa permanente, explicaría el empleo de contingentes reducidos en misiones ofensivas.

Tan solo cuatro años después (240 a. C.), el propio Arato desbarató un intento etolio de ocupación del Peloponeso. Algunos datos de la narración de la campaña son significativos de cara al estudio que nos ocupa. Plutarco remarca el desorden y la indisciplina de los etolios a pesar de su rápida toma de Pelene, acentuados por un comportamiento rapaz en la ciudad (Plut. *Arat.* 31). Esto podría inducir a pensar en tropas ligeras más adaptables al saqueo que a invasiones a gran escala. No obstante, conviene recordar que Arato, antes de infringir la derrota definitiva, renunció a la oportunidad de enfrentarse a los etolios a campo abierto en Mégara, incluso con el refuerzo del ejército lacedemonio que comandaba el rey Agis, decisión que le granjeó fuertes críticas. Por tanto, es razonable pensar que era consciente del potencial de los hoplitas etolios en formación cerrada y que estratégicamente consideró más conveniente combatirlos en territorio favorable.

En el año 229 a. C. los etolios asediaron Medeón para forzar la anexión de esta ciudad a la confederación, episodio en el que “salieron a campaña con su ejército íntegro”, utilizando “todas sus tropas y todos sus ingenios bélicos” (Plb. 2.2.1-8; trad. Balasch Recort, 1981, p. 184). La disposición de las fuerzas etolias para el asedio prueba la dimensión que llegó a alcanzar este ejército. Construyeron un campamento militar en una elevación de terreno que flanqueaba la ciudad. Delante, situaron a los hoplitas y la caballería, diseminando a las tropas ligeras en posiciones estratégicas a lo largo de un sistema de trincheras (Plb. 2.3.5). Esta distribución no sirvió para superar el ataque coordinado de los medionios con el refuerzo de 5000 ilirios que llegaron a la ciudad por sorpresa. No obstante, nada tiene que ver este ejército con los montaraces que dibujan las fuentes.

¹⁹ Esposito plantea una visión distinta. Según su criterio, tras el conflicto contra los gálatas, los infantes etolios no completarían su transición al hoplitisimo, sino que se les reequipó como tureóforos (Esposito, 2019, pp. 127-129). Ma defiende cambios armamentísticos graduales no solo motivados por el conflicto contra los gálatas, sino por la polivalencia que se requería de los combatientes del mundo helenístico (2000, p. 354). En todo caso, hay que recordar que tanto en la campaña contra los gálatas como en conflictos ulteriores las fuentes explicitan la concurrencia de cuerpos hoplíticos etolios.

²⁰ La derrota se ha propuesto como el detonante que propició la adopción de una reforma armamentística de gran calado en Beocia, si bien existe un enconado debate al respecto (Lucas, 2023, pp. 220-227).

Con la Guerra Social (220-217 a. C.), su potencial bélico quedó probado cuando arrasaron Mesenia y vencieron a los aqueos de Arato de Sición en Cafias en el 220 a. C. (Plb. 4.6.1-12; 4.11-14). La narración polibiana revela la presencia de infantería ligera y caballería en las filas etolias, añadiendo que tanto el armamento como la formación etolia tenían ventaja en espacios escarpados (Plb. 4.11.2-8). Posiblemente, la omisión de la infantería pesada sea deliberada, pues no parece probable que una carga de tropas ligeras pudiera romper líneas de falanges en formación frontal, como ocurrió según el relato de Polibio (Plb. 4.12.6-13).

En todo caso, el devenir de la Guerra Social confirma la superioridad de la falange macedónica, que venció a los etolios en Fitea, Metrópolis, Cónope o Trifilia. El proceso culminó con la devastación de Termo y la decisiva toma de Tebas de Friótide por parte de Filipo V (Plb. 5.100.5-7), en un despliegue poliorcético descomunal ante el que poco pudieron hacer los etolios. A partir de este momento, se aprecia un sensible descenso de las unidades en liza, afectadas por el agotamiento demográfico que se deriva de la constante implicación etolia en conflictos armados. Esta tendencia, que se prolongará durante la Primera Guerra Macedónica, suponía una desventaja sustancial en la competencia con sus enemigos directos, siendo el paradigma una Confederación Aquea que, durante los siglos III y, sobre todo, II a. C., gozó de una notable capacidad de reclutamiento merced al crecimiento poblacional derivado de la incorporación de importantes ciudades a su estructura federal (Moreno Leoni, 2022, pp. 40-44).

Con las sucesivas alianzas con Roma, los contingentes etolios quedaron restringidos al papel de tropas auxiliares de importancia dispar en lo sucesivo. En Cinoscéfalos (197 a. C.), Etolia aportó 6000 infantes y 400 jinetes al ejército de 26000 hombres que conformaban el bando romano (Liv. 33.3.9; Plut. *Flam.* 7). Así, aunque se discute sobre la presunta sobredimensión del papel etolio en esta batalla,²¹ tanto Tito Livio como Polibio reconocen lo providencial de la intervención de su infantería durante una escaramuza inicial que acabaría siendo decisiva en la victoria final (Liv. 30.7.6-8; Plb. 18.21.4-8).

Prieto Iommi defiende que el descrédito que sufrieron los etolios tras el conflicto por parte de Roma y sus aliados se debe a su contrapuesta concepción de la guerra. Mientras que los romanos la entendían como un medio legítimo para la obtención de la gloria individual de sus generales, que contribuían de esta manera al engrandecimiento de la república, la noción etolia sería más práctica, poniendo el acento en la promoción social que otorgaban la victoria y la apropiación del botín. Este último planteamiento estaría ligado a la preeminencia de las tropas ligeras (2019, pp. 417-420).

Coincidimos en señalar una diferenciación nítida entre la idiosincrasia bélica etolia y la romana, no así en la asociación entre la cultura guerrera etolia y el empleo de tropas ligeras. Prieto Iommi fundamenta su argumentación principalmente en un pasaje de Polibio. A lo largo del mismo, el megalopolitano narra el discurso de un orador macedonio sin identificar, dirigido a los etolios en el 209 a. C., donde se reivindica la bravura de los contingentes ligeros, los primeros que entablan combate, en detrimento de las tropas pesadas y las falanges, que disfrutaban la gloria injustamente (Plb. 10.25.1-2).

Este orador pretendía disuadir a los etolios de aliarse con Roma, pues de hacerlo perderían su legítimo derecho a tomar el botín enemigo tras la guerra. Considerando el mermado poderío etolio llegado este punto y la propia configuración de la legión romana, donde la idea de la infantería ciudadana era nuclear,²² los etolios, como

²¹ Son especialmente sugerentes los argumentos de Hammond, 1988, pp. 60-82 y Prieto Iommi, 2019, pp. 417-420.

²² El protagonismo del ciudadano soldado, ligado al concepto de ciudadanía patriótica, es uno de los rasgos diferenciales de la milicia romana respecto de los ejércitos helenísticos, donde la presencia mercenaria, especialmente en el caso de los estados monárquicos, era muy acusada (Roldán Hervás, 1996; Pitillas Salañer, 2017, pp. 63-95).

es natural, fueron integrados en sus filas en calidad de tropas ligeras. Ahora bien, ¿implica esto que cuando combatían en solitario otorgaran esta preponderancia a la infantería ligera? Probablemente no. Pero incluso asumiendo que la escasez de efectivos les empujara a hacerlo por pura necesidad en este momento, la trayectoria previa del ejército etolio está plagada de episodios en que las tropas ligeras complementan a la infantería pesada.²³

Cuando los romanos se tornaron enemigos, la situación etolia era ya muy vulnerable. Las fuerzas armadas de la confederación se focalizaron en tareas defensivas. Durante la batalla de las Termópilas (191 a. C.), en la que a los etolios se les encargó la defensa de Hípatas, Heraclea y las crestas montañosas de Calídromo, Roduncia y Tiquiunte (Liv. 36.16.11), nada pudieron hacer frente al avance de las legiones. De hecho, Livio alude a episodios de negligencia por parte de sus tropas (Liv. 36.18.8), aunque su visión sobre los etolios, “*gente uanissima et ingratisissima*” (Liv. 36.17.8), cuestiona la verosimilitud de este tipo de aseveraciones. El colosal asedio romano de Ambracia (189 a. C.), pese a la resistencia etolia, demuestra las limitaciones de un ejército cuyo potencial siempre estuvo condicionado por una demografía escasa. En Ambracia ni siquiera la acertada estrategia defensiva etolia evitó la derrota (Plb. 11.28.18). Este último fracaso certificó de facto el final de la confederación y, por extensión, de sus ejércitos, inmersos desde entonces en un ocaso permanente.

Cadena de mando y estructuración militar: una puesta al día

En su análisis de la “constitución” etolia, es decir, de las instituciones que vertebraron la confederación, Grainger destaca como rasgo común a todas ellas su adaptabilidad (1999, p. 169). Pues bien, en el caso del ejército se puede aplicar la misma lógica, siendo el factor condicionante la demografía confederal. La jerarquía militar de las fuerzas etolias es un asunto complejo, pues las fuentes son ambiguas al respecto. En todo caso, se conoce que el mando supremo del ejército de la confederación era el estratego. Aunque probablemente existió con anterioridad, este cargo se atestigua por primera vez en el año 322 a. C., cuando fue ocupado por Alejandro (D.S. 18.38.1). Se asume que comandaba la infantería y la caballería y que se trataba de un oficial permanente. Eso sí, no estaba facultado para proponer declaraciones de guerra, potestad exclusiva de la *ekklesia* (Grainger, 1999, pp. 171-187).

El segundo al mando era el hiparco. Se trata de un grado atestiguado por primera vez en el año 273 a. C. (IG 9.1.12a), siendo Antíoco el primero conocido. A diferencia del estratego, posiblemente constituía una posición intermitente. Su ocupación primordial era la dirección de la caballería. Tomando como referencia el estudio prosopográfico y epigráfico de Grainger (1999, pp. 554-557), para el periodo abordado en el presente trabajo, esto es, desde la campaña de Demóstenes en Etolia en el 426 a. C. hasta la derrota final de la confederación en el 189 a. C., se contabiliza el cargo de estratego en 73 ocasiones y el de hiparco en 24. Considerando que la primera mención a cualquiera de los dos data del 323 a. C., y que, en consecuencia, el número máximo de veces que podrían haber aparecido es de 134, la presencia de un estratego consta en casi un 55% de los años posibles, mientras que la de un hiparco en alrededor de un 18%, lo que confirma la naturaleza irregular de este último.

²³ Roma interactuó con un ejército etolio venido a menos respecto de sus días gloriosos. Así, la sociedad romana no percibía una amenaza significativa por parte de la confederación, como sugiere el tono paternalista de comedias como los *Captivi* de Plauto, probablemente representada en paralelo al conflicto con los etolios. Sobre este asunto, véase Franko, 1995, pp. 155-176.

Más allá de las dignidades referidas, existen indicios que apuntan a un tercer rango militar de relevancia. Se trataría de los siete epiletarcos. Si bien en este caso no está confirmada su funcionalidad militar, Scholten plantea la hipótesis de que se tratara de oficiales supeditados a los dos anteriores (2000, p. 92). Por un lado, propone este número en base a la división administrativa de la confederación en siete circunscripciones. Por otro lado, se apoya en las inscripciones que confirman la existencia del cargo, destacando en este sentido el tratado etolio-acarniano de alianza e *isopoliteia* (IG 9, 12, 3A), que incluía siete nombres de epiletarcos. Al hilo de esta cuestión, Pascual coincide en señalar que estos siete individuos actuaban como comandantes de las tropas de élite de la confederación (2018, pp. 47-71). En todo caso, es interesante señalar que el documento estipulaba la obligación de enviar contingentes de 3000 hombres en ayuda de los firmantes en caso de necesidad. De ellos, al menos un tercio habían de ser hoplitas.

En lo que respecta a la composición de las tropas del ejército federal, se puede hablar de varios cuerpos. Para comenzar, hay que considerar a los *epilektoi*, tropas de élite a las órdenes de los epiletarcos. La primera mención a estas unidades se remonta al 402 a. C., momento en el que fueron enviados 1000 hombres de este cuerpo en ayuda de los eleos en su lucha contra Esparta (D. S. 14.17.9). En su misión, acabaron con treinta de los temidos hoplitas espartanos, lo que ha llevado a Rzepka a negar la extendida imagen de los etolios como tropas de infantería ligera (2009, pp. 5-34). Ellos mismos combatirían a la manera hoplítica, al menos desde este momento.

En relación con el citado tratado etolio-acarniano, en lugar de interpretar la exigencia de que un tercio de los contingentes de apoyo fueran hoplitas como prueba de la preponderancia de la infantería ligera, sugiere que la presencia de epiletarcos atestigüa la voluntad de asegurar un mínimo de *epilektoi* entre estas fuerzas (Rzepka, 2009, p. 23). Por estos motivos, aunque las fuentes no vuelven a mencionar esta unidad,²⁴ el mismo autor defiende que los *epilektoi* constituyeron unidades de infantería semi-profesionales de 1000 hombres, un millar por cada distrito. En origen, actuarían como infantería hoplítica pesada, aunque para los tiempos de la invasión gálata su profesionalización les habría llevado a ejercer indistintamente como tropas pesadas y ligeras (Rzepka, 2009, p. 25).

En otros estados confederales, la conceptualización de los *epilektoi* resulta semejante, aunque con ciertas divergencias. Para el caso aqueo, Moreno Leoni describe a estos “escogidos” como “un cuerpo militar ciudadano estable” que integraban “unos 3000 infantes y 300 jinetes” (2022, p. 52). En cuanto a los beocios, los *epilektoi* conformaban el grueso del ejército propiamente activo, donde se destinaba a los reclutas de los rangos etarios más jóvenes. Dirigido por dos oficiales, el cuerpo estaría compuesto por alrededor de un tercio de la infantería movilizable (Lucas, 2023, pp. 225-231).

Con los datos expuestos, cabe plantear la hipótesis de que los *epilektoi* etolios constituyeran una versión más reducida de los contingentes permanentes y profesionales de las monarquías helenísticas, siendo paradigmático el ejemplo de la *agema* antigónida.²⁵ Y es que los etolios se enfrentaron recurrentemente a los contingentes macedonios.

²⁴ En el último cuarto del siglo III a. C., Polibio informa de la captura de un centenar de *epilektoi* apresados por el macedonio Jasón (Plb. 5.96.5-8). No obstante, posiblemente constituían un grupo conformado por hombres escogidos por el etolio Agetas de entre su ejército previamente constituido, por lo que no eran *epilektoi* al uso (Rzepka, 2009, p. 20).

²⁵ Originalmente, la *agema* fue una de las tres quiliarquías que conformaban las unidades de los hipaspistas de época alejandrina. A grandes rasgos, se trataba de soldados de élite escogidos por su capacidad de combate y características físicas (Moreno Hernández, 2018, pp. 472-481). En época antigónida, la *agema* es identificada por parte de la investigación especializada como un cuerpo escogido entre los peltastas. Por el contrario, Hatzopoulos defiende la continuidad respecto de los hipaspistas alejandrinos (Hatzopoulos, 2001). En esta línea, la *agema* antigónida constituiría una unidad diferenciada de los peltastas, versatilidad que, a mi juicio, recuerda a la de los *epilektoi* etolios.

Por ende, conocían las características de la *agema* y es posible que esta pudiera haber influido en la configuración de sus tropas de élite, los *epílektói*.

El ejército confederal etolio contaba con otras unidades de infantería. Existen menciones expresas a cuerpos diferenciados de hoplitas e infantes ligeros (Paus. 10.22.13; Plb. 2.3.4; Liv. 38.4.1-10; Plb. 2.3; Plb. 4.11.6). La actividad de estos últimos recibe un tratamiento especial reforzado, como se ha expuesto, por el interés en desacreditar el progreso sociopolítico de los etolios, a los que se tilda de montaraces y saqueadores. Ahora bien, la sobredimensión de las unidades ligeras no excluye la posibilidad de que esta imagen distorsionada descansara sobre un poso de verosimilitud.

Las fuentes literarias subrayan el papel de los infantes ligeros etolios arrojando proyectiles a los hoplitas de Demóstenes (Tuc. 3.98.1), lanzando jabalinas a los gálatas para defenderse de su incursión en Etolia o disparando contra ellos en Delfos poco después (Paus. 10.22.6). Es más, Plinio atribuye a los etolios la invención de la lanza y a Etolo la del "*iaculum cum ammento*" (Pl. *HN*. 7.56.201). De estas referencias se infiere cierto nivel de especialización en el lanzamiento a distancia. Su constatación, más que a las citas mencionadas, imbuidas de los sesgos subrayados, se debe a los registros de información material.

Así, a las ya citadas piezas de autorrepresentación documentadas en Termo, de las que se deduce un papel vertebral de lanzas y jabalinas en la panoplia etolia, habría que añadir hallazgos como las diez balas de onda etolias localizadas en Numancia a principios del siglo XX. Según Gómez Pantoja y Morales Hernández, estos proyectiles podrían estar asociados a una tropa de honderos etolios que habría participado en el asedio romano de Numancia en el año 133 a. C. (2008, pp. 37-60).

Respecto a los cuerpos diferenciados de hoplitas, no se conoce si en algún momento fueron sustituidos por las célebres falanges, pues las fuentes no aluden a estas últimas de forma expresa. No obstante, es posible que las reformas que Filopemén impulsó para el caso del ejército de la Confederación Aquea a finales del siglo III a. C.,²⁶ entre las que figuraba la adopción del modo de combate macedónico, empujaron a los etolios a implementar la estrategia de sus enemigos. Además, para entonces las formaciones hoplíticas habían sido superadas por disposiciones tácticas y armamentísticas más móviles (Moreno Hernández, 2018, pp. 198-197). Por tanto, en cronologías cercanas al siglo II a. C., un escenario en que los etolios hubieran incorporado la estructura de falanges a sus filas se antoja plausible.

En lo que concierne a la caballería, es menester realizar un análisis pormenorizado. De acuerdo con Polibio, los jinetes etolios destacaban entre los demás griegos por su habilidad en "los choques de caballería". Lo hacían, además, "tanto en los encuentros en grupo como en los duelos singulares" (Plb. 18.22.4-5; trad. Balasch Recort, 1983, p. 79). El megalopolitano, consabido detractor del mundo etolio, reconoce con esta seguridad la eficacia de la caballería de sus adversarios, que contrapone a su "torpeza" a la hora de encarar batallas a campo abierto. Partiendo de este pasaje, es menester matizar algunas cuestiones.

Como se ha expuesto, existen indicios que vinculan la identidad de los pueblos que conformaban el estado etolio con la actividad ecuestre desde cronologías muy tempranas. A diferencia de la infantería, cuya magnitud variaba en función de las

²⁶ Filopemén impulsó el abandono de la jabalina corta y de los escudos ligeros hoplitas para implementar la falange y panoplia macedónicas. En paralelo, mantuvo contingentes de peltastas con el objetivo de proteger su caballería y los flancos de sus falanges, además de unidades ligeras que llegaron a perpetrar ataques anfibios (Williams, 2004, pp. 257-277; Anderson, 1967, pp. 104-106).

circunstancias, la caballería mantuvo un número de efectivos relativamente estable. Posiblemente, esto se debe a que los jinetes etolios procedían de grupos sociales con cierto estatus socioeconómico (Grainger, 1999, p. 214). Así, es probable que la accesibilidad al cuerpo estuviera restringida a miembros de las élites etolias de los que, en principio, se esperaba cierta preparación militar, además del empleo de panoplias de calidad superior.

Estos factores incitan a pensar en una caballería competente.²⁷ Sin embargo, las fuentes narran episodios de suerte dispar para los jinetes etolios. Polibio describe el repliegue de la caballería etolia ante el avance de la infantería iliria en el año 229 a. C., la derrota de los jinetes etolios ante los peltastas macedonios en formación defensiva mientras vadeaban un río en las cercanías de Cónope una década después, o, en el año 211 a. C., la fallida carga de las tropas de Dorímaco en Equino (Plb. 2.3.5; 4.64.7; 9.42.2). Especialmente significativo es el enfrentamiento contra los macedonios en Cónope, donde los etolios contaban con la ventaja de controlar la zona del río. El objetivo ni siquiera era derrotar a sus enemigos, sino obstaculizar su avance diezmando sus fuerzas. Pues bien, la caballería etolia no fue capaz de quebrar la defensa de sus oponentes.

Estos enfrentamientos no pueden tomarse como patrón representativo, pues en casos como el de Cafias (220 a. C.) o Cinoscéfalos (197 a. C.) los jinetes etolios resultaron providenciales para la victoria final (Plb. 4.11-14; Liv. 30.7.7). Sin embargo, conviene relativizar la eficiencia de un contingente que, no lo perdamos de vista, apenas componían unos centenares de hombres.

El último elemento que será objeto de análisis en lo que respecta al ejército etolio es su flota. Pese a la tradicional adscripción de los etolios a la piratería (Chanotis, 2008, pp. 134-136; Williams, 2004, p. 272), la dimensión naval de la confederación era limitada. A juicio de Grainger “casi invisible”, hasta tal punto de que “es justificable describirla como inexistente” (1999, p. 212). Wheeler coincide en señalar que la Confederación Etolia no dispuso de una gran flota (2008, p. 363) y Moreno Leoni deja entrever que los etolios no poseían una flota regular de navíos de línea, al contrario que los aqueos, aunque precisa que la de estos últimos era “insuficiente para defender las costas federales” (2022, p. 44), hecho sintomático de cara a ponderar la capacidad naval de estados de estatus similar.

Las referencias alusivas a las fuerzas marítimas etolias son escasas y poco clarificadoras. Sabemos que durante la Primera Guerra Macedónica el ilirio Escerdiledas transportó con sus barcos al ejército etolio hasta Cineta (Plb. 4.6.9). Cuando los habitantes de Corcira pidieron auxilio a etolios, epidamnios, apoloniatas y aqueos contra los ilirios en el año 230 a. C., fueron estos últimos quienes proporcionaron los barcos de las fuerzas de socorro (Plb. 2.9.8-10). Una referencia directa a la flota de guerra etolia la aporta Polibio, quien informa sobre dos naves de guerra y un esquife etolios capturados por los aqueos en Calcis y el cabo Río respectivamente (Plb. 5.94.8), números en todo caso poco significativos.

La situación que delinear las fuentes sugiere que la flota de la confederación fue, como defiende Grainger, escasa, o, al menos, que para sus operaciones marítimas los etolios se sirvieron de los recursos de terceros. Sin embargo, esto no significa que la confederación careciera de cierta presencia naval. A este respecto, conviene recordar los indicios que apuntan a la intensificación de los vínculos entre la isla de

²⁷ Esto pese a que las fuentes no distinguen entre cuerpos de caballería pesada y ligera entre los jinetes etolios.

Cefalonia y la confederación, asunto impregnado de una notoria controversia.²⁸ En esta línea, se ha planteado la posibilidad de que, entre el 226 y el 220 a. C., los etolios incorporaran a la confederación la citada isla, enclave que les aseguraba el control de las rutas marítimas de la zona y les dotaba de una base para hostigar a los macedonios y mantener su influencia en el Peloponeso (Pascual, 2021, pp. 899-908).

Según Grainger (1999, p. 212), el ataque etolio a la costa epirota con naves cefalónicas, que describe Polibio (Plb. 4.6.8), es otro ejemplo del empleo de barcos ajenos a la confederación. Sin embargo, siguiendo la propuesta de Pascual, las cuatro *póleis* de la isla (Same, Pale, Pronos y Cranios) formarían parte de la *sympoliteía* confederal (2021, pp. 903-904). Por ende, no es correcto argumentar que las naves que cita Polibio fueran ajenas a la esfera etolia, pues las ciudades *póleis*, en calidad de integrantes de la confederación, debían poner sus recursos militares al servicio del común conforme a los mismos baremos que sus homólogas continentales. En definitiva, en lugar de asumir la inexistencia de recursos navales, parece más cauto aludir a un potencial naval relativamente desconocido, máxime si consideramos las limitaciones de las fuerzas marítimas de otros estados griegos de rango medio, como los aqueos. Y es que los episodios en que los etolios se sirven de naves ajenas a la confederación no son óbice para que, en paralelo, dispusieran de una flota propia, como se infiere del caso de la isla de Cefalonia.

Conclusiones

La milicia fue un valioso activo para la Confederación Etolia. Permitió a sus integrantes la defensa de su territorio y no parece casual que su decadencia coincida con el ocaso etolio en la geopolítica helenística. Ahora bien, no estamos ante un ejército equiparable al de las grandes potencias militares del periodo analizado (ss. V-II a. C.). Esto es, las monarquías helenísticas y la república romana. Las fuerzas armadas de la confederación tuvieron una clara proyección defensiva y estuvieron limitadas por una pobre demografía. En cuanto a la organización y estructura de sus contingentes, resulta plausible que la complejidad orográfica de la región etolia impulsara cierto grado de especialización entre sus cuerpos de infantería ligera.

Sin embargo, no debemos tomar esta circunstancia como indicio de un atraso en el desarrollo de sus formaciones pesadas. En primer lugar, porque sabemos de la existencia de cuerpos de élite como los *epílektói* desde al menos el año 402 a. C., mucho antes de que los etolios constituyeran su *sympoliteía*, además de la concurrencia habitual de hoplitas entre sus fuerzas. En segundo lugar, porque la esencia marcial connatural a los etolios fue proyectada por la tradición literaria griega como un elemento de alteridad respecto del resto de pueblos de la Hélade. Todo con el objetivo de desacreditar el ascenso de la confederación durante estas centurias.

En realidad, el desarrollo del ejército puede situarse en la línea de los patrones evolutivos de la guerra en el mundo griego de este periodo, condicionados por la hegemonía hoplítica en un principio y, posteriormente, por la revolución que supusieron las reformas de Filipo II en el ejército macedónico y Filopemén en el caso de la Confederación Aquea. Así, con algunos matices, tanto la cadena de mando como la estructura de los contingentes etolios presentan una vertebración similar a la de ejércitos coetáneos. Los etolios medraron en este contexto, lo cual no se entiende sin un concurso relativamente exitoso de sus tropas y en el que quizás incidieron implementaciones

²⁸ Sobre el presunto asentamiento de colonos etolios en la isla, que parte de IG 9.121.2, véase Themis y Zawvou, 2019, p. 116.

estratégico-armamentísticas cuya aplicación es ambigua, como la incorporación de falanges al estilo macedonio o la posesión de una flota de guerra al uso, que, como se ha defendido, operaría en paralelo al empleo de recursos marítimos de terceros. Sea como fuere, resulta patente que las fuerzas armadas ejercieron como garantes del sistema federal etolio y que, como tales, han de considerarse parte integral de los logros de la confederación.

Referencias

- » Álvarez Soria, I. J. (2021). El santuario de Termo y el origen de Etolia. *Arys*, 19, 67-95. <https://doi.org/10.20318/arys.2021.5947>
- » Anderson, J. K. (1967). Philopoemen's Reform of the Achaean Army. *Classical Philology*, 62(2), 104-106. <https://doi.org/10.1086/365218>
- » Antonetti, C. (1990). *Les Étoliens. Image et religion*. Annales littéraires de l'Université de Besançon. <https://doi.org/10.3406/ista.1990.2269>
- » Antonetti, C. (2012). Aitolos and Aitolia: ethnic identity per imagines. En M. Offemüller (Ed.), *Identitätsbildung und Identitätsstiftung in griechischen Gesellschaften* (pp. 183-200). Grazer Universitätsverlag.
- » Antonetti, C. (2019). Spearhead and Boar Jawbone. An Invitation to Hunt in Aitolia: "Foreign Policy" within the Aitolian League. En H. Beck, K. Buraselis y A. McAuley (Eds.), *Ethnos and Koinon: studies in ancient Greek ethnicity and federalism* (pp. 149-168). Franz Steiner Verlag.
- » Aymard, A. (1938). *Les assemblées de la confédération achaienne: étude critique d'institutions et d'histoire*. L'Erma di Bretschneider.
- » Balasch Recort, M. (Trad.) (1981). *Polibio. Historias. Libros I-IV*. Gredos.
- » Balasch Recort, M. (Trad.) (1983). *Polibio. Historias. Libros XVI-XXXIX*. Gredos.
- » Boehm, R. (2018). *City and Empire in the Age of the Successors: Urbanization and Social Response in the Making of the Hellenistic Kingdoms*. University of California Press. <https://doi.org/10.1525/9780520969223>
- » Castro Sánchez, J. C. (Trad.) (1995). *Justino. Epítome de las Historias Filípicas de Pompeyo Trogo*. Gredos.
- » Chaniotis, A. (2008). *War in the Hellenistic World: A Social and Cultural History* (1. Aufl., Vol. 8). Wiley-Blackwell. <https://doi.org/10.1002/9780470773413>
- » Dubois, M. (1885). *Les ligues étolienne et achéene: Leur histoire et leurs institutions. Nature et durée de leur antagonisme*. Ernest Thorin.
- » Esposito, G. (2019). *Armies of the Hellenistic States, 323 BC-AD 30: History, Organization and Equipment*. Pen & Sword Books Limited.
- » Franko, G. F. (1995). Fides, aetolia, and plautus' captivi. *Transactions of the American Philological Association*, 125, 155-176. <https://doi.org/10.2307/284350>
- » Funke, P. (2015). Aitolia and the Aitolian League. En H. Beck y P. Funke (Eds.), *Federalism in Greek Antiquity* (pp. 86-117). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781139030953.007>
- » Giovannini, A. (1971). *Untersuchungen uber die natur und die anfrage der bundesstaatlichen sympolitie in griechenland* (Ser. Hypomnemata; untersuchungen zur antike und zu ihrem nachleben, 33). Vandenhoeck & Ruprecht.
- » Gómez Pantoja, J. L. y Morales Hernández, F. (2008). Los etolios en Numancia. *Salduie*, 8, 37-58. https://doi.org/10.26754/ojs_salduie/sald.2008886570
- » Grainger, J. D. (1999). *The League of the Aitolians*. Brill. <https://doi.org/10.1163/9789004351219>
- » Hammond, N. G. L. (1988). The Campaign and the Battle of Cynoscephalae in 197 BC. *The Journal of Hellenic Studies*, 108, 60-82.

- » Hatzopoulos, M. B. (2001). *L'organisation de l'armée macedonienne sous les antigonides. Problèmes anciens et documents nouveaux*. Centre de recherche de l'antiquité grecque et romaine - Fondation nationale de la recherche scientifique.
- » Herrero Ingelmo, M. C. (Trad.) (1994). *Pausanias. Descripción de Grecia. Libros VII-X*. Gredos.
- » Knoepfler, D. (2007). De Delphes à Thermos: un témoignage épigraphique méconnu sur le trophée galate des Étoliens dans leur capitale. *Comptes rendus des séances de l'année. Académie des inscriptions et belles-lettres*, 151(3), 1215-1253. <https://doi.org/10.3406/crai.2007.91343>
- » Larsen, J. A. O. (1968). *Greek federal states: their institutions and history*. Clarendon Press.
- » Lucas, T. (2023). *L'organisation militaire de la Confédération Béotienne (447-171 av. J.-C.)*. École française d'Athènes.
- » Ma, J. (2000). Fighting poleis of the hellenistic world. En H. Van Wees (Ed.), *War and Violence in Ancient Greece* (pp. 337-376). The Classical Press of Wales.
- » Matthew, C. (2015). *An invincible beast: understanding the Hellenistic pike-phalanx at war*. Pen & Sword.
- » Moreno Hernández, J. J. (2011). *Los orígenes del ejército de Filipo II y la Falange macedonia*. Universidad Autónoma de Madrid.
- » Moreno Hernández, J. J. (2018). El ejército macedonio y los cambios militares en el siglo IV. En J. Pascual, B. Antela-Bernárdez y D. Gómez Castro (Eds.), *Cambio y pervivencia. El mundo griego en el siglo IV a.C.* (pp. 189-197). Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- » Moreno Leoni, A. (2022). La defensa de la Confederación aquea helenística, siglos III-II a.C. ¿Una estrategia... "pequeña"? En A. Sáez Geoffroy (Ed.), *Límites II: redes, movimientos y contactos en el Mundo Antiguo* (pp. 35-55). Geima Ediciones.
- » Myslowska, A. (2018). El federalismo en Acarnania y Etolia. En J. Pascual, B. Antela-Bernárdez y D. Gómez Castro (Eds.), *Cambio y pervivencia. El mundo griego en el siglo IV a.C.* (pp. 201-211). Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- » O'Neil, J. L. (1986). The Political Elites of the Achaian and Aitolian Leagues. *Ancient Society*, 17, 33-61. <https://doi.org/10.2143/AS.17.0.2011371>
- » Papapostolou, I. A. (2009). Thermos. En A. G. Vlachopoulos (Ed.), *Euboea and Central Greece* (pp. 408-413). Melissa Publishing House.
- » Pascual, J. (2018). Acarnania de 330 a 230 a.C. entre el federalismo y la dependencia. En J. Cortadella i Morral, O. Olesti Vila y C. Sierra Martín (Eds.), *Lo viejo y lo nuevo en las sociedades antiguas: homenaje a Alberto Prieto. XXXVI Coloquio del GIREA* (pp. 47-71). Presses universitaires de Franche-Comté.
- » Pascual, J. (2021). La tetrápolis de Cefalonia en 218 a.C.: colaboración con los etolios y respuesta macedonia. En J. De la Villa Polo, A. López Fonseca, E. Falque Rey, M. P. H. García-Bellido, M. J. Muñoz Jiménez, I. Villaroel Fernández y V. Recio Muñoz (Eds.), *Forum classicorum: perspectivas y avances sobre el Mundo Clásico* (pp. 899-908). Guillermo Escolar Editor.
- » Pitillas Sañaler, E. P. (2017). Los soldados del ejército romano durante la etapa del alto imperio. Sus componentes más básicos: el ciudadano-soldado (legionario) y el soldado auxiliar. *Millars: Espai I Història*, 43(2), 63-95.
- » Plácido, D. (2006). Ocupación del espacio, santuarios y mitos de Etolia. *Dialogues d'histoire Ancienne*, 32(2), 13-25. <https://doi.org/10.3406/dha.2006.3012>
- » Prieto Iommi, J. P. (2019). Roma, Etolia y la Batalla de Cinoscéfalos en 197 a.C., *Latomus: revue d'études latines*, 78(2), 397-427.

- » Rapin, A. (1999). L'armement celtique en Europe: chronologie de son évolution technologique du Ve au Ier s. av. J.-C. *Gladius: estudios sobre armas antiguas, armamento, arte militar y vida cultural en Oriente y Occidente*, 19(1), 33-68. <https://doi.org/10.3989/gladius.1999.13>
- » Roldán Hervás, J. M. (1996). *El ejército de la República romana*. Arco-Libros.
- » Roisman, J. (2012). *Alexander's Veterans and the Early Wars of the Successors* (1.^a ed.). University of Texas Press.
- » Rzepka, J. (2019). Federal Imperialism: Aitolian Expansion between Protectorate, Merger, and Partition. En H. Beck, K. Buraselis y A. McAuley (Eds.), *Ethnos and Koinon Studies in Ancient Greek Ethnicity and Federalism* (pp. 167-174). Franz Steiner Verlag.
- » Rzepka, J. (2009). The Aetolian Elite Warriors and Fifth-Century Roots of the Hellenistic Confederacy. *Akme. Studia Historica*, 4, 5-34.
- » Scholten, J. B. (2003). The Internal Structure of the Aitolian Union: A Case Study in Ancient Greek Sympoliteia. En K. Buraselis y K. Zoumbouloulakis (Eds.), *The idea of European Community in History: conferencia proceedings. Vol. 1* (pp. 65-80). National and Capodistrian University of Athens.
- » Scholten, J. B. (2000). *The politics of plunder: Aitolians and their koinon in the early hellenistic era, 279-217 B.C.* University of California Press.
- » Schweigert, E. (1939). A Decree Concerning the Aetolian League, 367/6 B.C. *Hesperia*, 8, 5-12.
- » Themou, A. y Zavvou, E. (2019). New Hellenistic Inscriptions from Phigaleia. En C. F. Noreña y N. Papazarkadas (Eds.), *From Document to History: Epigraphic Insights into the Greco-Roman World* (1.^a ed., Vol. 12) (pp. 103-119). Brill. <https://doi.org/10.1163/9789004382886>
- » Torres Esbarranch, J. J. (Trad.) (1991). *Tucídides. Historia de la Guerra del Peloponeso. Libros III-IV*. Gredos.
- » Wheeler, E. L. (2008). Land battles. En P. Sabin, H. Van Wees y M. Whitby (Eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare. Volume I: Greece, the Hellenistic World and the Rise of Rome* (pp. 186-223). Cambridge University Press.
- » Williams, M. F. (2004). Philopoemen's special forces: peltasts and a new kind of greek light-armed warfare (Livy 35.27). *Historia: Zeitschrift Für Alte Geschichte*, 53(3), 257-277.